

replantan los ciruelos y los cerezos se secan y mueren, de igual modo las paredes nuevas no encontraban sávia que chupar en aquel viejo polvo de Roma, empobrecido por la vegetación secular de un número tan grande de templos, circos, arcos de triunfo, basílicas é iglesias. Y los edificios modernos que habían intentado fructificar de nuevo, las casas demasiado grandes é inútiles, henchidas de hereditaria ambición, no habían podido llegar á madurez, elevando las medias fachadas, que agujereaban las numerosas ventanas, sin fuerza para llegar hasta el techo quedándose así infecundas lo mismo que los restos de vegetación en un terreno que ha producido con exceso. La horrenda tristeza que inspiraba semejante espectáculo procedía de una grandeza pasada tan creadora, que iba á parar á tal confesión de actual impotencia: Roma, que había llenado el mundo con sus monumentos indestructibles no podía engendrar más que ruinas.

—¡Llegará un día en que se concluirán!—exclamó Pedro.

Miróle Narciso con asombro.

—¿Para quién?

Y era la terrible respuesta. ¡Ah! ¡Aquellos quinientos ó seiscientos mil habitantes á los que se esperaba, cuya ida se soñó, á los que siempre se seguía esperando ¿en dónde vivían á la hora presente, en que campiñas ó en que apartadas ciudades? Si un gran entusiasmo patriótico fué el único que pudo esperar semejante población, en los primeros días de la conquista, habría sido preciso, á la sazón, estar completamente ciego, pero con extraña ceguera, para creer aun que iban á ir nunca. El experimento estaba hecho al parecer; Roma se quedaba estacionaria, pues no se preveían ninguna de

las causas que podían doblar una población, ni los placeres que ofrecía, ni las ganancias de su comercio y de una industria que carecía, ni la intensa vida intelectual y social de que no parecía capaz. En todo caso se necesitarían años y más años. Entonces, ¿cómo hacer para poblar esas casas concluidas y vacías que solo esperaban á los inquilinos? ¿A que terminar las casas que quedaron en estado de esqueleto desmigándose con el sol y con la lluvia? ¿Permanecerían indefinidamente así, unas descarnadas, abiertas á todos los vientos, otras cerradas, mudas como tumbas, y con la fealdad lamentable de su suciedad y abandono? ¡Qué testimonio más terrible bajo el espléndido cielo! Los nuevos sueños de Roma habían emprendido mal camino, y si sabían lo que debían hacer ¿tendrían valor para atreverse á deshacer lo que habían hecho antes? Puesto que el millar de los millones que allí habían enterrado parecía estar para siempre perdido, casi se deseaba que se presentase un Nerón de voluntad soberana y desmesurada que empuñase la antorcha y el pico abrasándolo y arrasándolo todo en el nombre vengador de la raza y de la belleza.

—¡Ah!... exclamó Narciso.—Ahí están la *contessina* y el príncipe.

Benedetta había mandado detener el carruaje en una encrucijada de desiertas calles y por esas largas vías, tan tranquilas, llenas de hierba, tan solitarias y tan apropósito para los enamorados, se adelantó apoyándose en el brazo de Darío, encantándoles á ambos el paseo y no pensando siquiera en las tristezas que se proponían visitar.

—¡Ah! ¡Qué tiempo más hermoso!—exclamó Benedetta acercándose á los dos amigos—¡Ved que sol más

suavel ¡Que bueno es andar un poco á pié lo mismo que si se estuviese en el campo!

Darío fué el primero que dejó de reir al contemplar el sereno cielo azul y al experimentar la alegría de llevar á su prima del brazo.

—Es preciso, prima, que vayamos á visitar á esas buenas gentes—dijo,—puesto que tienes la terquedad de ese capricho, que nos va echar á perder toda la mañana... Vamos, es preciso que encuentre ahora el camino. Habéis de saber que no soy fuerte en eso de reconocer los lugares á que no me gusta ir. Además este barrio es imbécil con sus calles muertas, sus casas cerradas en las que no hay ni una sola cara de que uno pueda acordarse, ni una tienda en donde preguntar para seguir el buen camino. Creo que es por aquí... De todos modos seguidme que ya veremos.

Y los cuatro encamináronse hácia la parte central del barrio que daba frente al Tíber, y en el que se empezaba á formar un núcleo de población. Los propietarios sacaban el partido que podían de las casas terminadas, alquilando los pisos á precios baratísimos y no se incomodaban si se retrasaba el pago. Habíanse instalado allí, y pagaban de tarde en tarde, empleados de la paga empeñada y familias de escasos recursos á los que costaba muy poco el alquiler. Pero lo peor, era que á consecuencia de la demolición del antiguo Ghetto y de las brechas que habían hecho para airear el Transtíbere, cayó sobre las casas sin concluir una verdadera nube de hordas de andrajosos, sin pan ni hogar y casi sin ropas, que las invadieron con sus sufrimientos y sus piojos. Y fué preciso cerrar los ojos, tolerar aquella brutal toma de posesión, so pena de tener que permitir que toda aquella espantosa miseria, se presentase en plena

vía pública. A tan míseros como temibles huéspedes, era á los que habían ido á parar los grandes palacios soñados, los colosales caserones de cuatro ó cinco pisos, edificios en los que se penetraba por puertas monumentales, con fachadas adornadas de estátuas, y balcones esculpidos y sostenidos por grandes cariátides y que llegaban de un extremo á otro de la fachada. Faltaba el maderamen de puertas y ventanas, y cada familia de desterrados hacía su elección, cerrando los huecos con restos de tablas ó colgando en ella andrajos para evitar que pasase el aire, ocupando algún regio piso primero ó prefiriendo las habitaciones pequeñas, para amontonarse á su gusto. En los esculpidos balcones, secábanse ropas interiores, asquerosas, adornando con su inmundicia pobreza esas fachadas de aborto, abofeteadas en su orgullo. Un desgaste rápido y manchas sin número degradaban ya esas hermosas edificaciones blancas, rayándolas, salpicándolas con infames manchas. Por aquellos soberbios portales hechos para la régia salida de los carruajes, era un arroyo de ignominia lo que salía, formado por basuras y estiércol, cuyas mal olientes charcas corrompíanse enseguida y viciaban el aire en aquellas calles sin aceras ni empedrados.

En dos ocasiones distintas, Darío hizo retroceder á sus compañeros. Se extraviaba y cada vez se ponía más sombrío.

—Había debido dirigirme hacia la izquierda; pero ¿cómo queréis que lo sepa? ¿Es posible saber en donde está uno en medio de semejante barrio?

Encontráronse con bandadas de chicuelos piojosos que se revolcaban entre el polvo y la basura. Tenían una suciedad asquerosa, iban casi desnudos con las tostadas carnes al descubierto, el pelo enmarañado como

malezas ó matas de crin. Circulaban por allí las mujeres con sórdidas faldas, despechugadas, con las camisas medio deshechas y dejando al descubierto los costados y senos lácios de burras cansadas de trabajar. Muchas, en pié, hablaban unas con otras, mientras que algunas otras sentadas en restos de sillas viejas, y con las manos colocadas sobre las rodillas, permanecían en esa postura durante horas y horas enteras sin hacer nada. Hombres veíanse muy pocos, y si alguno había, estaba apartado, tendido boca abajo entre la hierba rojiza y durmiendo con pesado sueño al sol.

El olor que allí se percibía hacíaese nauseabundo y era ese olor de la miseria sucia, del ganado humano abandonándose, embruteciéndose y viviendo en su grasa. Y eso se agravó con las emanaciones de su pequeño é improvisado mercado que tuvieron que atravesar, en el que había frutas echadas á perder, verduras cocidas y fermentadas, fritos hechos con grasa rancia y asquerosa á la víspera y que pobres mujeres, de no mejor aspecto que los compradores, vendían, teniéndolas colocadas en el suelo, en medio de la hambrienta codicia de un numeroso grupo de chiquillos desarrapados.

—¡En fin, no sé donde es, querida!—exclamó el príncipe encarándose con su prima.—Sé razonable y puesto que has visto bastante, volvámonos al coche.

En realidad sufría y, según la opinión manifestada por la misma Benedetta, no sabía sufrir. Parecía monstruoso y el crimen de un imbécil, entristecer su vida con semejante paseo. La vida estaba hecha para pasarla lo más ligera y buenamente que se pudiese bajo un cielo sereno. Convenía únicamente distraerse con espectáculos agradables, cantos y bailes. Y dominado por un egoismo ingénuo, inspirábale horror lo feo, lo

pobre, lo que era sufrimiento, hasta el punto de que solo al verlo, experimentaba un gran malestar, una especie de cansancio físico y moral.

Benedetta, que se estremecía lo mismo que su primo, quería, sin embargo, mostrarse más animosa delante de Pedro. Le miró y le vió tan interesado en aquello, tan apasionadamente dolorido, que no cedió en su esfuerzo para simpatizar con los humildes y los míseros.

—No, no podemos retroceder, Darío, es preciso quedarnos, puesto que estos señores quieren verlo todo ¿no es así?

—Sí,—respondió Pedro,—la Roma actual está aquí, y esto dice mucho más que todos los paseos clásicos á través de las ruinas y de los monumentos.

—Exagerais bastante, querido,—declaró Narciso á su vez.—Lo único que os concedo, es que esto sea interesante, muy interesante... Esas mujeres viejas sobre todo. ¡Ah! ¡Qué expresión más extraordinaria la de esas buenas viejas!

En aquel momento no pudo Benedetta contener un grito de admiración satisfecha, al ver ante ella á una joven de espléndida belleza.

—¡O che bellezza!

Y Darío, que la reconoció enseguida, dijo con el mismo embeleso.

—¡Ah! Es la Pierina... Va á guiarnos.

Desde hacía un momento seguía Pierina al grupo sin permitirse acercarse á los que lo formaban. Fijábanse sus ardientes miradas en el príncipe, centelleándola los ojos con una alegría de esclava enamorada, y más tarde contemplaron á la *contessina*, pero sin cólera, con una especie de tierna sumisión, de dicha resignada

al encontrarla también tan hermosa. Y Pierina era, en realidad, tal cual el príncipe la había descrito, alta, fuerte, con garganta de diosa, verdadera reproducción de una estatua antigua, una Juno de veinte años con la barba un poco pronunciada, la boca y la nariz de una corrección perfecta y rasgados ojos de gacela y el rostro brillante como dorado por los rayos del sol, bajo el casco de abundosos cabellos negros.

—Entonces ¿te encargas tú de guiarnos?—preguntó Benedetta familiar y cariñosamente, ya consolada de las fealdades vecinas, con la idea de que podían existir semejantes criaturas.

—¡Ah! ¡Sí, señora, enseguida!

Echó á correr delante de ellos, calzada con una especie de chanclas sin tacón, vestida con una falda vieja de lana color marrón, que había tenido que lavar y remendar hacía poco. Adivinábanse en ella ciertos cuidados de coquetería, un deseo de limpieza que no había en los demás, á no ser que fuese sencillamente su gran belleza que resplandecía sobre sus humildes ropas y la convertía en una diosa.

—¡*Che bellezza!* ¡*Che bellezza!*—repetía sin cansarse la *contessina* siguiéndola.—Es una delicia, Darío, el poder contemplar á esa muchacha.

—Bien sabía yo que había de gustarte,—respondió Darío con sencillez, halagándole el hallazgo y no hablando ya de marcharse, puesto que en adelante podía descansar la mirada, contemplando algo agradable.

Detrás de ellos seguía Pedro maravillado también con tanta hermosura y escuchando las observaciones de Narciso, que le manifestaba los escrúpulos de su gusto, que estaba por lo raro y lo sutil.

—Sí, sí, sin duda es hermosa... solo que ese tipo ro-

mano en el fondo no hay nada más pesado, sin alma, sin más allá... Bajo ese cutis no hay más que sangre, no hay nada celestial.

Detúvose Pierina y con un gesto señaló á su madre sentada en una silla medio hundida delante de la elevada puerta de un palacio á medio concluir. Debía también haber sido hermosa aquella ruina de cuarenta años con sus ojos apagados por la miseria, la boca deformada, con los dientes negros, el rostro cortado por grandes arrugas lacias, el cuello enorme y caído; todo en ella era de repugnante suciedad, lo mismo su cabello gris despeinado, que caía en mechones desiguales, que su falda y su camisola manchadas y rotas, dejando la carne al descubierto. Con las dos manos sostenía sobre las rodillas un chiquitín, el último que había dado á luz. Le miraba como aniquilada y sin valor, con el aire de una bestia de carga resignada con su suerte, como madre que había hecho los hijos y los había amantado sin saber por qué.

—¡Ah! ¡Bueno, bueno!—dijo levantando la cabeza.—Es el señor que vino á darme el escudo porque te encontré llorando, Y vuelve á vernos acompañado por sus amigos. ¡Bueno, bueno! Esto quiere decir que aun hay buenos corazones.

Contó entonces su historia, pero calmamente y sin tratar de conmover ni de inspirar lástima. Se llamaba Giacinta y se había casado con un albañil, con Tomaso Gozzo, del que tuvo siete hijos, Pierina, después Tito, un mocetón de diez y ocho años y cuatro muchachas más, de dos en dos años y después otro chiquitín, el que tenía sobre las rodillas. Durante muchísimo tiempo habían vivido en la misma casa, en el Transtibere, en un edificio que acababan de derribar. Y

parecía que al mismo tiempo lo habían hecho también con su vida, porque desde que se refugiaron en los Prados del Castillo les perseguían todas las desgracias. Les afligían la tremenda crisis de las construcciones que había dejado sin trabajo á Tomaso y á Tito, el reciente cierre de la fábrica de perlas en que trabajaba Pierina, ganando apenas un franco, con lo que había para morir de hambre y ahora, como no trabajaba nadie, la familia vivía á la casualidad.

—Si quereis subir podeis hacerlo, señores, arrriba encontraréis á Tomaso que está con su hermano Ambrogio al que hemos hecho venir á vivir á nuestro lado y con seguridad que sabrán hablar mejor que nosotros y os dirán lo que hay que decir ¿que queréis hacerle? Tomaso descansa y es como Tito, que duerme, que es lo mejor que puede hacer.

Señaló con la mano; tendido entre la hierba se hallábase un mocetón de nariz fuerte, boca de expresión dura y que tenía los hermosos ojos de Pierina. Se limitó á levantar la cabeza inquietándole aquellas gentes. Un pliegue huraño contrajo su frente cuando se fijó en el embeleso con que su hermana contemplaba al príncipe. Dejó caer otra vez la cabeza, pero cerró los ojos y siguió acechándoles.

—Pierina acompaña á esta señora y á estos señores puesto que tienen empeño en subir.

Acercáronse otras mujeres arrastrando los pies de nudos dentro de las chanclas; bandadas de chiquillos sucios y de chicuelas medio desnudas entre las cuales sin duda, se encontraban las cuatro de Giacinta. Parecíanse todas de tal manera, con sus ojazos negros, sus oscuras cabelleras enmarañadas, que solo sus madres podían reconocerlas. Estaban al sol como en pul

miento, en un campamento de miseria, allí en medio de aquella calle de majestuoso desastre, orillado por palacios sin concluir y ya convertidos en ruínas.

Con mucha dulzura y sonriente ternura dijo á su primo:

—No, no subas... no quiero que te muevas, Darío mío, has sido muy amable viniendo hasta aquí; espéranos allí fuera, bajo ese hermoso sol ya que el señor abate y el señor Habert me acompañan.

Echóse él también á reir; pero aceptó con muy buena voluntad y encendiendo un cigarrillo se puso á pasear muy despacio gozando de la dulzura del aire.

La Pierina entró con mucha viveza bajo el vasto pórtico y de elevada bóveda adornado con un artesonado á rosetones y que tenía el suelo cubierto con un verdadero lecho de estiércol y que en el vestíbulo cubría por completo las losas de mármol que habían empezado á colocar. Seguía á esto la monumental escalera de piedra con balaustrada labrada y calada y cuyos escalones estaban rotos y manchados con una espesura tal de inmundicia, que parecían negros. En todas partes habían dejado las manos, negras y grasientas huellas. De las paredes, á las que faltaba el último revoco, salía una ignominia en vez de las pinturas y de los dorados que debían adornarlas y que aun estaban esperando.

Al llegar al primer piso, en el vasto descansillo detúvose Pierina y se contentó con vocear por el hueco de una gran puerta sin marco ni hojas.

—¡Padre! Aquí hay una señora y dos señores que quieren verte.

Volvióse después hacia á la *contessina* á la que dijo:

—En el fondo, la tercera sala.

Y se escabulló bajando la escalera más deprisa de lo que la había subido, corriendo en busca de su pasión.

Benedetta y sus compañeros atravesaron dos salones inmensos, con el suelo gíboso aun y lleno de yeso y las ventanas abiertas sobre el vacío, hasta que al cabo llegaron á un tercer salón más pequeño, en el que había sido instalado toda la familia Gozzo, con los restos que la servían de muebles. En el suelo, y por encima de los tirantes de hierro de la bóveda, que aún no habían terminado, arrastrábanse cinco ó seis jergones leprosos, comidos por el sudor. En el centro había una gran mesa sólida aún y también se veían antiguas sillas rotas, descabaladas y compuestas con ayuda de cuerdas. Pero el trabajo más grande consistió en cerrar de tres ventanas dos, con tablas, mientras que la tercera y la puerta estaban tapadas con viejas telas de colchón acribilladas con numerosas manchas y agujeros.

Tomaso, el albañil, se quedó sorprendido y parecía evidente que no estaba acostumbrado á semejantes visitas de caridad. Estaba sentado ante la mesa, con los dos codos sobre ésta, y la barba apoyada en las manos, descansando como había dicho su mujer Giacinta. Era un fuerte mocetón de cuarenta y cinco años, barbudo y cabelludo, la cara grande y larga, de aspecto de senador romano, en medio de su miseria y de su ociosidad. La presencia de dos extranjeros, á los que olfateó enseguida, hizo que se levantase con un brusco movimiento de desconfianza. Sonrióse, sin embargo, en cuanto reconoció á Benedetta, y cuando esta le habló de Darío que se había quedado abajo, explicándole el caritativo objeto que allí les llevaba, dijo:

—Ya lo sé, ya lo sé, *contessina*... Si, sé perfecta-

mente quien sois, por que cuando vivía mi padre, fui con él á tapiar una ventana al palacio Bocconera.

Con mucha complacencia se dejó interrogar y respondió á Pedro sorprendido, que si bien no eran dichosos habríanlo pasado mejor y vivido con más desahogo á poder trabajar siquiera dos días á la semana, y en el fondo se comprendía que no se consideraba muy desgraciado al tenerse que apretar el vientre, desde el momento en que podía vivir á sus anchas y sin cansarse. Se repetía siempre la historia de aquel cerrajero que llamado por un viajero para que le arreglase la cerradura de una maleta, cuya llave había sido perdido, se negó rotundamente á ir, por no molestarse durante la hora de la siesta. No pagaban inquilinato, pues lo que sobraban eran palacios vacíos abiertos para recibir á los infelices, y con algunos céntimos, habrían tenido lo suficiente para vivir, de tal modo se vivía sóbriamente y con pocas exigencias.

—¡Oh! Estad seguro, señor abate, de que en tiempo del papa todo iba mucho mejor... Mi padre, que era albañil como yo, trabajó toda su vida en el Vaticano y yo mismo cuando trabajo algunos días, allí es en donde gano el jornal... Para que lo sepáis todo, os diré que lo que nos echó á perder fueron esos diez años de grandes obras, en que uno no se separaba del andamio, y se ganaba lo que se quería. Como es natural, se comía mejor y se vestía lo mismo y en fin que no se privaba uno de nada, y por eso se hace ahora más duro el privarse... pero en tiempo del papa, señor abate, ¡si hubiérais venido á vernos! No había impuestos, todo se daba por nada y no había verdaderamente más que vivir.

En ese instante oyóse un gruñido que salía de uno de los jergones colocado en la sombra de una de las

ventanas cerradas, y el albañil siguió diciendo con su aire lento y tranquilo.

—Es mi hermano Ambrogio que no es de mi opinión... El cuarenta y nueve estuvo con los republicanos, cuando no tenía más que catorce años, y no hace nada, y le trajimos aquí, cuando supimos que se moría de hambre y de enfermedad en una cueva.

Sintieron entonces los visitantes un estremecimiento de compasión, Ambrogio tenía quince años más que Tomaso y á pesar de que apenas contaba sesenta años ya no era más que una ruína, consumido por la fiebre, y arrastrándose sobre unas piernas tan enflaquecidas que apenas le podían sostener, por lo que prefería no moverse de su gergón pasando allí días enteros. Mucho más bajo que su hermano y más delgado y turbulento, habíase dedicado al oficio de carpintero. En medio de su decadencia física, conservaba una cabeza extraordinaria, una faz de apóstol y de pastor, de expresión trágica y noble, rodeada por el herizado bosque de pelo de la barba y cabellera.

—¡El papa! ¡El papa!—murmuró.—Jamás hablé mal de él. Sin embargo es culpa suya si la tiranía continúa. Sólo el papa en el cuarenta y nueve pudo habernos dado la república y no habríamos llegado á este extremo.

Había conocido á Mazzini y conservaba la religiosidad vaga, el sueño de un papa republicano que al fin hiciese que reinase la paz y la libertad sobre la tierra. Pero, más tarde, su pasión por Garibaldi, al turbar esa concepción, le hizo juzgar en adelante indigno al papado é incapaz de trabajar en favor de la libertad humana. De manera que no sabía con certeza lo que quería luchando entre las quimeras de la juventud y la

ruda experiencia de su vida. Aparte de esto, jamás había obrado más que á impulsos de una emoción violenta y no le quedaban ya más que hermosas palabras, vagos é indeterminados deseos.

—Ambrogio, hermano mío,—respondió tranquilamente Tomasso,—el papa es siempre el papa y lo más prudente es ponerse á su lado porque será siempre el papa, es decir el más fuerte. Yo, mañana mismo, si pusiesen á votación el asunto votaría siempre por el papa.

El anciano obrero no se apresuró á responder, toda la prudencia de la raza le calmó.

—Pues yo, Tomaso, votaría en contra, siempre en contra... y está bien seguro de que tendríamos mayoría. Eso del papa rey concluyó para siempre. Hasta el mismo Borgo se sublevaría; pero eso no quiere decir que no se deban poner de acuerdo con él para que la religión de todo el mundo sea respetada.

Escuchábales Pedro con mucho interés y se arriesgó á hacerles una pregunta.

—¿Hay muchos socialistas en Roma entre el pueblo?

Aquella vez la respuesta se hizo esperar mucho tiempo.

—Indudablemente que los hay, señor abate, algunos debe haber pero muchos menos que en otras poblaciones... Todo eso no son más que novedades tras las que se van los impacientes aunque sin entender gran cosa de eso... Nosotros, los viejos, estábamos por la libertad y nunca fuimos partidarios ni del incendio ni de la matanza.

Y tuvo miedo de haber dicho demasiado delante de

aquella señora y de los dos señores que la acompañaban y se puso á gemir tendiéndose sobre su jergón, mientras que la *contessina*, un poco molestada por aquel olor infecto, se despedía después de haber dicho al abate Froment que era lo más acertado dar la limosna á la mujer.

Tomaso volvió á ocupar su asiento ante la mesa, apoyando la cabeza en las manos saludando á sus visitantes y emocionándose tan poco á la llegada como á la salida de éstos.

—Hasta la vista y me alegro mucho de haberos podido servir para algo.

Al llegar al dintel de la puerta estalló el entusiasmo de Narciso que se volvió para admirar la cabeza del anciano Ambrogio.

—¡Oh! ¡Qué obra maestra, querido abate! ¡He ahí la maravilla! ¡He ahí la belleza! ¡Cuánto más significación tiene eso que al rostro insignificante de esa joven! Aquí estoy seguro de que el cebo del sexo no me inducirá á caer en tentación... No me conmueven ciertas cosas. Y además, francamente ¡qué infinito en esas arrugas, que desconocido en el fondo de esos ojos apagados, que misterio entre el herizamiento de la barba y del cabello! ¡Hace soñar con un profeta ó un Dios Padre!

En la calle continuaba Giacinta sentada en la silla medio hundida con su chiquitín atravesado sobre las rodillas, y á pocos pasos de allí, Pierina, en pie delante de Darío, le miraba como acababa de fumar su cigarrillo, con embeleso, como si estuviese encantada, mientras que Tito, tendido entre la hierba, como una fiera al acecho, no apartaba la mirada de ellos.

—¡Ah! Señora,—dijo la madre con voz resignada y

doliente—ya habréis visto que apenas se puede vivir ahí. Lo único que hay de bueno es que sobra sitio para todo. Aparte de eso hay corrientes de aire por la tarde y por la mañana capaces de matar á uno. Tengo además mucho miedo por estas criaturas por los muchos agujeros que hay.

Contó la historia de una pobre mujer que se equivocó una noche y creyendo salir por el pasillo tomó una ventana por la puerta y cayó á la calle estrellándose en ésta y quedando muerta en el acto. Una pobre niña se rompió los dos brazos al caer desde lo alto de una escalera que no tenía barandilla. Se podía morir cualquiera allí sin que nadie lo supiese y se pudiese enviar á recojer el cadáver. La víspera habían encontrado en el fondo de una habitación interior y tendido sobre el yeso, el cadáver de un pobre anciano al que el hambre debía haber matado desde hacía más de una semana, y allí habría permanecido meses y meses á no haberlo advertido á los vecinos el olor infecto que salía de la habitación.

—¡Y si al menos tuviésemos que comer!—siguió diciendo Giacinta.—Cuando se cria y no se come, no se tiene leche; ¡esta criatura lo que está haciendo es chupándome la sangre! Se incomoda, llora y yo... ¿no es verdad? ¿qué le puedo hacer? me echo á llorar, porque no es culpa mía si no encuentra nada.

Las lágrimas empañaron, efectivamente, sus ojos apagados. De pronto se apoderó de ella brusca cólera al observar que Tito no se había movido de la hierba, en la que continuaba tendido como una bestia al sol. A ella no le pareció buena esa conducta tratándose de personas tan distinguidas, que sin duda iban á dejarla alguna limosna.

—¡Eh...! ¡Tito...! ¡Holgazán...! ¿Es que no puedes ponerte en pie cuando vienen á verte?

Al principio hizo como que no oía, pero al cabo se puso en pie aunque con aire malhumorado y Pedro, á quien le interesó, trató de hacerle hablar, del mismo modo que poco antes, y arriba había interrogado al padre y al tío. No obtuvo más que respuestas breves, llenas de desconfianza y de enojo. Puesto que no encontraba trabajo, lo mejor que podía hacer era dormir. No era enfadándose como se cambiarían las cosas, y lo mejor sería vivir como se pudiese, sin aumentar el trabajo. En cuanto á los socialistas, sí, podía ser que hubiese algunos, pero no los conocía. Y de su actitud de cansancio y de indiferencia, resultaba claramente que si el padre era partidario del papa y el tío de la república, al hijo le importaba todo muy poco. Pedro halló al fin una especie de pueblo ó mejor dicho, un pueblo adormilado, al que aun no ha despertado una democracia.

Pedro continuó preguntando, y como quisiese saber su edad, á que escuela había ido y en que barrio había nacido, Tito cortó la conversación en seco, diciendo con acento grave y un dedo al aire señalando su pecho:

—*¡Io son romano de Roma!*

Y en efecto ¿con esto no respondía á todo? Sonrióse tristemente Pedro y se calló. Nunca había comprendido tanto como entonces, cuan grande era el orgullo de la raza, la lejana herencia de gloria tan pesada para aquellos hombres. En aquel mozo degenerado, que apenas sabía leer y escribir, revivía la vanidad soberana de los Césares. Aquel muerto de hambre conocía perfectamente su ciudad y habría podido recitar instintivamente su historia de tan hermosas páginas. Eranle familiares los nombres de los grandes emperadores y de

los grandes papas ¿por qué trabajar después de haber sido losamos de la tierra? ¿Por qué no vivir en la nobleza y en la pereza, en la más hermosa de las ciudades y bajo el más hermoso de los cielos?

—*¡Io son romano de Roma!*

Benedetta deslizó su limosna en la mano de la madre y Pedro y Narciso queriéndose asociar á aquella buena obra, hicieron lo mismo, y en cuanto á Darío, que se había reunido á su prima, tuvo una ocurrencia; deseoso de no olvidar á Pierina, á la que no se atrevía á ofrecer dinero, apoyó ligeramente la punta de los dedos en los labios y dijo riendo sin exageración:

—*¡Para la belleza!*

Y realmente, fué cosa dulce y hermosa ese beso así enviado, esa risa un poco burlona y ese príncipe que se familiarizaba con la muda adoración de la perlera, hermosa como en una historia de amor de otros tiempos.

Pierina enrojeció de placer, y perdiendo la cabeza, se arrojó sobre la mano de Darío que cubrió de besos, pegando á ella sus cálidos labios con un movimiento irreflexivo, en el que entraban tanto el divino reconocimiento como la ternura amorosa. La mirada de Tito flameó de cólera, y cogiendo á su hermana brutalmente por la falda, la apartó de un empujón, gruñendo sordamente.

—Has de saber que te mataré y á él también.

Era necesario alejarse cuanto antes de allí, porque habiendo olfateado otras mujeres la limosna, se acercaban tendiendo la mano ó azuzando á sus chicuelos, súcios y llorosos. El miserable barrio de los edificios medio construídos y abandonados, se removió y un grito de angustia salió de aquellas calles muertas con

lápidas de mármol, en que estaban inscritos nombres retumbantes. ¿Y qué hacer? No podían dar limosna á todos y no les quedaba más recurso que la huída, con el corazón henchido de tristeza ante la conclusión de que la caridad era impotente.

En cuanto Darío y Benedetta llegaron al carruaje, se apresuraron á ocupar sus asientos. Estrecháronse el uno contra el otro embelesados al librarse de aquella pesadilla. Se consideraba, sin embargo, dichosa por haberse mostrado tan animosa delante de Pedro, y, muy conmovida, estrechóle la mano como discípula, cuando Narciso declaró que no quería separarse del abate, al que quería llevar á almorzar al restaurant de la plaza de San Pedro, desde el que se gozaba de una gran vista del Vaticano.

—Bebed vinillo blanco de Genzano,—les dijo Darío que se había puesto muy alegre.—No hay nada mejor para desechar las ideas negras.

Mostróse Pedro insaciable en lo referente á detalles. Por el camino hizo muchas preguntas á Narciso acerca del pueblo romano, su vida, hábitos y costumbres. La instrucción era casi nula. No había tampoco ninguna industria, ni comercio con el exterior. Los hombres se dedicaban á los oficios más usuales, cuyos servicios se necesitaban en la población. Entre las mujeres, había las perleras, las bordadoras, las que se dedicaban á la fabricación del artículo religioso, y las medallas y los rosarios habían proporcionado siempre mucho trabajo á un cierto número de obreros, lo mismo que la fabricación de alhajas de la localidad. En cuanto la mujer se casaba y llegaba á ser madre de esas nubes de chiquillos que crecían por milagro, trabajaba muy poco. En resúmen, era una población que se dejaba arrastrar

por la corriente, trabajando únicamente lo necesario para ganar de comer, contentándose con frutas, legumbres, pastas de sopa, desperdicios de carnero, y aceptando esto sin rebelión, sin ambición para el porvenir, no teniendo más quebradero de cabeza en esa vida tan precaria, que el vivir al día. Los dos únicos vicios eran los vinos blancos y tintos de los Castillos Romanos, vinos de disputa y de asesinato, que los días de fiesta, al salir de las tabernas, hacen queden sembradas las calles de hombres con el estertor de la agonia y la piel acribillada á puñaladas. Las muchachas no suelen entregarse al desorden, y son muy contadas las que cometen una falta antes de casarse.

Esto se debía á que la familia estaba muy unida y estrechamente sometida á la autoridad absoluta del padre. Los hermanos mismos velaban por la honradez de las hermanas, lo mismo que Tito tan duro con su hermana Pierina, celándolas con cuidado extremado, no por un mal pensamiento de celos inconfesables, si no por el buen nombre de la familia, por su honor. Y esto sin una religión real en medio de la más infantil idolatría, todos los corazones inclinándose á la *Madonna* y á los Santos, los únicos que existían, los únicos que imploraban fuera de Dios, en quien nadie pensaba.

Desde luego el estancamiento de ese pueblo bajo, se explicaba fácilmente. Detrás de todo aquello, había una porción de siglos durante los cuales se había alentado su pereza, halagando su vanidad y de una muelle existencia consentida. Cuando no eran albañiles, carpinteros ó panaderos, eran criados y servían al clero á sueldo, más ó ménos directamente del papado. De ahí dos partidos claramente indicados; los antiguos carbo-

naríos convertidos más tarde en mazzinianos y garibaldinos, los más numerosos quizás, lo más escogido y selecto del Transtibere y, al otro lado, los clientes del Vaticano, los que vivían de la Iglesia, de cerca ó de lejos, y que echaban de menos al papa rey. Pero, de una y otra parte, todo ello permanecía en estado de opinión, de la que se hablaba, sin que jamás se les ocurriese la idea de hacer un esfuerzo, ó de correr un riesgo probando la suerte. Habría sido necesaria una brusca pasión que barriese la sólida razón de la raza, y arrojándola á cometer cualquier acto de demencia. ¿A qué? ¡La miseria era ya de tantos siglos, el cielo estaba tan azul y la siesta era tan agradable á las horas de calor! Parecía comprobado tan solo un hecho; el fondo de patriotismo, la mayoría segura de los que querían á Roma por capital, aquella gloria reconquistada hasta el extremo de que faltó muy poco para que no estallase una revuelta en la ciudad Leonina, cuando circuló el rumor de que se había llegado á un acuerdo entre el papa é Italia, teniendo por base el restablecimiento del poder temporal en dicha ciudad. Si la miseria había al parecer aumentado, si el obrero romano se quejaba más, era porque realmente no había ganado nada con los trabajos grandiosos que durante quince años se habían estado ejecutando en Roma. Ante todo, una masa de cuarenta mil obreros invadió su ciudad, obreros en su mayor parte procedentes del Norte, que trabajaban á un precio muy bajo, y eran más animosos y resistentes. Cuando el obrero romano tuvo su parte en el trabajo, vivió mejor y no ahorró nunca nada, de manera que, cuando al producirse la crisis y tuvieron que repartirse los cuarenta mil obreros de las provincias, se encontró otra vez como antes, en una ciudad muerta en

la que se cerraban los talleres y sin abrigar la esperanza de hallar trabajo en mucho tiempo. Y así volvió á su antigua indolencia, satisfecho en el fondo de que el trabajo no le molestase mucho y haciendo de nuevo la mejor vida posible con su antigua compañera la miseria, sin un céntimo, y viviendo á lo gran señor sin trabajar.

A Pedro lo que más le llamó la atención, fué los caracteres diferentes de la miseria en París y en Roma. Indudablemente, en la última la desnudez, el abandono era más absoluto, el alimento más inundo y la suciedad más repugnante, ¿porqué, pues, aquellos hombres pobres, conservaban una alegría real y vivían con más felicidad? Cuando evocaba el recuerdo de un invierno de París, los zaquizamis que tanto había visitado, en los que entraba la nieve y el agua, y en que tiritaban de frío familias enteras sin fuego y sin pan, sentía su corazón oprimido por una compasión que no experimentó tan viva y tan intensa en los Prados de Santangelo. Y al fin lo comprendió; la miseria en Roma, era una miseria que no tenía frío. ¡Oh! Si, que dulce y eterno consuelo, era el de aquel sol siempre claro, el de un cielo bienhechor que jamás veía empañado su azul, por bondad hácia los miserables! ¿Qué importaba lo abominable de la habitación si se podía dormir fuera, acariciados por el tibio viento? ¿Qué importaba hasta el hambre si la familia esperaba la limosna de la casualidad en las calles soleadas y encima de la seca yerba? El clima hacía que se fuese sóbrio, y que no se experimentase la necesidad del alcohol ni de las carnes negras, para hacer frente á las nieblas y al frío. Reíase la divina holgazanería en los días de dorado sol, la pobreza convertíase en un goce libre en medio

de aquel aire delicioso, en el que dijérase bastaba á la criatura la alegría de vivir.

En Nápoles, según contaba Narciso, en los barrios del puerto y en los de Santa Lucía, en calles estrechas nauseabundas, cubiertas de ropas puestas á secar, la vida entera pasábasela el pueblo fuera de su casa. Las mujeres y los chiquillos, que no estaban abajo en la calle, vivían en los ligeros balcones de madera colgados de todas las ventanas. Se cosía y se cantaba allí y también se lavaban allí; pero era en la calle sobretudo, en donde se pasaban la vida, pues convertíanla en sala común, hombres que salían acabándose de poner los pantalones, mujeres medio desnudas que despiojaban á sus hijos y que ellas mismas se peinaban, un populacho de hambrientos que en todas partes encontraba la mesa puesta. En mesitas, en carricoches, había un continuo mercado de comidas hechas que se despachaban á un precio muy bajo, granadas ó frutas demasiado maduras, desechos, macarrones cocidos, legumbres hervidas, pescado frito, almejas, toda la cocina constantemente preparada entre la muchedumbre que comía allí al aire libre y sin tener nunca que encender lumbre. ¡Y que multitud más bulliciosa; las madres siempre chillando, gesticulando, los padres sentados en fila á lo largo de las aceras, los hijos cansándose correteando sin cesar y todo esto en medio del frenesí del barullo, de gritos, de canciones, de música y de la más extraordinaria é inconcebible de las indiferencias! Roncas voces estallaban con alegres dicharachos y carcajadas; caras morenas, no hermosas, estaban dotadas de unos ojos admirables en los que centelleaba la alegría de vivir bajo aquellas cabelleras enmarañadas y del color de la tinta. ¡Ah! ¡Pobre pueblo tan ale-

gre; tan bueno é ignorante que toda su ambición se reducía á tener los pocos céntimos que necesitaba para satisfacer con cualquier cosa su hambre en aquella feria perpétua! Era cierto, jamás democracia alguna tuvo menos conciencia de sí misma. Puesto que, según decían, echaban de menos la antigua monarquía, bajo la cual sus derechos á esa vida de desnuda pobreza parecían que estaban más asegurados, preguntábase uno si era necesario incomodarse por ellos y conquistarles á pesar suyo, con más ciencia y más conciencia, más bienestar y más dignidad. Infinita tristeza apoderóse del corazón de Pedro en presencia de la alegría de aquellos muertos de hambre, dominados por la embriaguez y el engaño de la luz del sol.

Y era indudablemente el hermoso cielo el que hacía que ese pueblo fuese tan infantil, de una infancia tan prolongada; así se explicaba que esa democracia no se despertase mas pronto. Sin duda, tanto en Roma como en Nápoles, sufrían careciendo de todo; pero no conservaban en su memoria el rencoroso recuerdo de los días atroces del invierno; el rencor de haber estado dando diente con diente de frío, mientras que los ricos se calentaban ante los grandes fuegos de sus chimeneas; no sabían lo que eran las furiosas meditaciones hechas en esos chiscones en que entra el agua y la nieve ante el escaso fuego que va á apagarse; la necesidad que entonces se sentía de hacerse justicia, el deber de la rebelión para salvar á la mujer y á los hijos de la tísis para lograr que tengan un nido caliente y en el que sea posible la existencia. ¡Ah! Esa miseria que tiene frío es el colmo, el exceso de la injusticia social, la escuela más terrible en que el pobre aprende á conocer su sufrimiento, y es cuando se indigna, y jura hacerla ce-

sar aunque para ello tenga que hacer saltar al caduco mundo!

Y Pedro halló también, bajo ese cálido sol y dulce del cielo, la explicación de San Francisco, el divino mendigo de amor, vagando por los caminos, celebrando el encanto delicioso de la pobreza. Era, sin duda, un revolucionario inconsciente, que, á su manera, protestaba del lujo desbordante de la corte romana, con su retorno al amor de los humildes, de los míseros, á la sencillez de la Iglesia primitiva. Nunca, empero, habría producido semejante despertar de la inocencia y de la sobriedad en un país del Norte, en que los vientos de Diciembre hielan. Se necesitaba el encanto de la Naturaleza, la frugalidad de un pueblo que se nutre con el sol y la mendicidad bendecida por aquellos caminos caldeados siempre por el astro. Así era como debía haber llegado hasta aquel olvido completo de sí mismo. La pregunta parecía al principio embarazosa, ¿cómo un San Francisco había podido nacer antaño, con el alma tan llena de ardiente fraternidad, comulgando con personas, bestias y cosas en aquella tierra, hoy tan poco caritativa, dura con los pequeños, despreciadora del pueblo bajo y que ni siquiera hacía limosna á su papa? ¿Era que el orgullo antiguo había secado los corazones ó bien que la experiencia de pueblos muy antiguos la impulsaba á un egoísmo final, para que Italia pareciese haber atrofiado el alma en su catolicismo dogmático y pomposo, mientras que el retorno al ideal evangélico, la pasión de los humildes y de los que sufren, se revelaba en nuestros días en las dolorosas llanuras del Septentrión, entre los pueblos privados de sol? Era todo esto y además, sobre todo, que San Francisco cuando se unió alegremente á su amante la Pobreza, pudo en-

seguida pasearla con los pies desnudos y vestida apenas, durante aquellas primaveras espléndidas y á través de aquellas poblaciones á las que inflamaba con ardiente necesidad de compasión y de amor.

Sin dejar de hablar, llegaron Pedro y Narciso á la plaza de San Pedro, en donde se sentaron á la puerta del restaurant, en el que habían almorzado antes otro día, ante una de las mesitas que estaban colocadas á lo largo de la acera y cubiertas con un mantel de dudosa blancura; pero, en cambio, la vista que desde allí se disfrutaba era realmente soberbia, con la basílica enfrente, el Vaticano á la derecha, encima del desenvolvimiento majestuoso de la columnata. La mirada de Pedro se fijó enseguida otra vez en ese Vaticano, cuyo recuerdo no se apartaba de su memoria; aquel segundo piso con las ventanas siempre cerradas, en donde habitaba el papa y en donde nunca se presentaba nada viviente. Cuando el camarero empezó su servicio llevando los entremeses, anchoas y aceitunas, lanzó el presbítero una ligera exclamación para llamar la atención á Narciso.

—¡Ah! ¡Mirad, amigo mío! Ahí en aquella ventana, en la que me dijeron era la del papa ¿no veis una figura blanca en pié é inmóvil?

El agregado se echó á reír.

—¡Y qué! Debe ser el papa en persona. Como tenéis tantos deseos de verle le estáis evocando á cada momento.

—Os aseguro,—repitió Pedro,—que allí detrás de los cristales, hay una figura blanca que mira.

Narciso, que tenía mucho apetito, siguió comiendo y bromeando, y de pronto dijo bruscamente.

—Entonces, amigo mío, puesto que el papa nos es-

tá mirando, es esta la ocasión de que nos ocupemos de él. Os prometí contaros de que manera engulló los millones del patrimonio de San Pedro en esa horrenda catástrofe financiera, cuyas ruinas acabais de ver, y una visita al barrio nuevo de los Prados del Castillo no sería cosa completa, si no la acompañase esa historia, que es, en cierto modo, la que debe servirla de epílogo.

Sin perder bocado, habló mucho. Al morir Pio IX el patrimonio de San Pedro tenía un caudal que excedía de veinte millones. Durante largo tiempo, el cardenal Antonelli, que especulaba y hacía muy buenos negocios, dejó parte de ese dinero en casa de Rothschild y parte en manos de diferentes nuncios, á los que encargaba lo hiciesen producir en el extranjero. Pero á la muerte del cardenal Antonelli, el que le reemplazó, el cardenal Simeoni, envió á buscar el dinero que estaba en poder de los nuncios para colocarlo en Roma. Fué por entonces, cuando á su advenimiento al solio pontificio León XIII, nombró una comisión de cardenales encargados de administrar ese patrimonio, y de esa comisión fué el secretario monseñor Folchi. Este prelado, que durante doce años representó un papel muy importante, era hijo de un empleado de la Dataría, que le dejó un millón de herencia, ganado en hábiles especulaciones. Muy habil también, y habiendo heredado el talento de su padre, se reveló como hacendista de primer orden, de manera que la comisión le fué abandonando poco á poco todo el trabajo y poderes, dejándole obrar por completo á su antojo y limitándose á aprobar la memoria ó resumen que presentaba en todas las sesiones. El patrimonio no producía apenas más que un millón, y como el presupuesto de gastos era de siete millones, se necesitaba

encontrar los otros seis. Del dinero de San Pedro, el papa le daba anualmente tres millones, á monseñor Folchi el que, durante los doce años de su gestión, llevó á cabo el prodigio de duplicarlos, mediante la ciencia de sus especulaciones y empleo del dinero, de manera que se cubría el presupuesto sin comprometer jamás el patrimonio.

De este modo en los primeros tiempos se realizaron ganancias considerables jugando en Roma sobre los terrenos. Tomaba acciones de todas las empresas nuevas y arriesgaba jugadas sobre las de los molinos, los ómnibus y conducciones de agua, sin contar con un agio sostenido de acuerdo con una casa de banca católica, con el Banco de Roma. Maravillado con tanta habilidad, el papa, que hasta entonces había especulado aparte, por medio de un negociante de su confianza apellidado Scorbini, despidió á éste y encargó á monseñor Folchi la administración de su caudal, puesto que tan bien administraba el del patrimonio de San Pedro y tanto lo hacía producir. Aquella fué la época en que la privanza del prelado llegó á su apogeo. Los malos tiempos empezaron, el suelo crugía ya y el derrumbamiento iba á producirse con la celeridad del rayo. Por desgracia una de las operaciones que solía hacer León XIII era la de prestar grandes sumas á los príncipes romanos que, impulsados por la fiebre del juego, comprometidos en los negocios de edificaciones y de compra de terrenos, necesitaban dinero. Aquellos le daban en garantía acciones y de tal manera sucedió esto que, cuando ocurrió la catástrofe, el papa no tenía entre las manos más que montones de papel sin ningún valor. Por otra parte, hubo también la desastrosa tentativa de fundar una casa de banca en París